

1980

A LAS DIRECCIONES POLITICAS  
DE LOS PARTIDOS DE LA  
UNIDAD POPULAR  
EN EL EXTERIOR:

Queridos Compañeros:

En días pasados nos hemos reunido responsables del trabajo exterior de nuestros tres Partidos, con el objeto de evaluar la actividad común realizada dentro y fuera de Chile y para concordar nuevas iniciativas. — Reafirmamos nuestra opinión de que tales acciones comunes adquieren sentido y proyección en la medida que se sitúan en el marco de una política más amplia de unidad y convergencia de las fuerzas democráticas y de izquierda, en particular de los Partidos de la Unidad Popular. De allí que estimemos oportuno — darles a conocer nuestras principales conclusiones e inquietudes.

Lo primero que constatamos es el mayor acuerdo político — que hay en los Partidos de izquierda — sobre lo cual existen variados pronunciamientos públicos — respecto de dos cuestiones centrales:

a) El plebiscito de Pinochet, la Constitución impuesta al país y la llamada "transición", representan una decisión orgánica del bloque dictatorial que excluye toda posibilidad de democratización o de apertura gradual del régimen, por limitada que éste pudiera concebirla.

Las nuevas detenciones y el endurecimiento de la acción represiva, la expulsión de Andres Zaldivar del país, la nueva ley de previsión, la designación de militares en servicio activo como Rectores de las principales Universidades y su anunciada reorganización, son signos inequívocos de la voluntad de institucionalizar definitivamente al régimen dictatorial y de cerrar espacios a cualquier expresión libre o alternativa democrática.

b) El único camino realista para refundar la libertad y la democracia en Chile pasa por derrocar al régimen y liquidar la base política y de fuerza que lo sustenta.

Esta situación rompe una cierta ambigüedad que se ha dado en los hechos en la oposición democrática en el último período, donde convivían una línea general de derrocamiento del régimen con la idea de que era posible cifrar expectativas en una suerte de desmoronamiento de la dictadura como producto de crecientes contradicciones internas y de la sola presión opositora. Se ha abierto espacio en la izquierda para concordar una estrategia que ponga al centro la lucha popular e incorpore la fuerza propia como un elemento decisivo.

Pensamos que lo anterior permite plantearse un esfuerzo serio de la izquierda para resolver los problemas de dirección política a los cuales se ha visto enfrentado el movimiento democrático, poniéndonos a la altura de lo que éste ha hecho para sacar a la calle la protesta contra el régimen. La fuerza del movimiento de masas — piedra angular de nuestra lucha — ha crecido, ganado experiencia, combatividad y unidad en la coyuntura del plebis

cito. Enfrentamos un doble desafío: resolver los contenidos políticos y métodos prácticos para fortalecer en mucho mayor grado la lucha popular, y pasar a la o posición contra las políticas criminales a una fase de progresivo cuestionamiento global del régimen, desbordando su capacidad represiva.

Constatamos que dos ideas centrales, las cuales hemos venido planteando, reúnen hoy consenso: a) el Compromiso por la Democracia, como el pacto que mejor expresa nuestra voluntad unitaria y al cual convocamos al conjunto de la oposición para derrocar al régimen; b) la política destinada a sentar las bases reales de unidad y dirección del movimiento de masas en un Comando Nacional de Organizaciones Democráticas. Los llamados a acordar los pasos concretos para hacer realidad estas iniciativas.

Sin duda que lo señalado no basta. Derrocar a la dictadura - supone el uso de la fuerza. Más que eso, contar con una estrategia coherente de acumulación de fuerzas en todos los terrenos; político, social, ideológico y mi litar. Es evidente que en este camino hemos avanzado durante estos años, pero - también están claras nuestras insuficiencias al respecto.

Entendemos que es en esta línea de preocupaciones donde se - sitúan los planteamientos públicos realizados recientemente por algunos partidos, respecto del empleo o no de determinadas formas de lucha y el recurso a la violencia.

Nadie podría pensar que los enormes intereses monopólicos - criollos e imperialistas - que están detrás del régimen militar, abandonarán el campo sin hacer uso de todos los medios disponibles para perpetuarse en el poder. La experiencia histórica demuestra que todas la dictaduras de América Latina - y las pocas que han habido en nuestro país - fueron eliminadas por la fuerza y con métodos que no excluían la violencia. Quienes iniciaron su actividad política participando en el derrocamiento de la dictadura de Ibáñez, no debería tener hoy problemas para afirmar la legitimidad de tales acciones y la necesidad de - hacer lo mismo con un régimen, como el actual, que es mil veces peor.

Sin embargo, es una cosa distinta el exámen de las formas concretas en que esa fuerza - indispensable- debe ejercerse. Al respecto, lo primero que debemos cuidar es no quedar atrapados en una discusión estéril y dispersiva acerca de "las vías". Y ello porque en nuestra línea prima una continuidad esencial: el carácter protagónico que asignamos al movimiento de masas, el común objetivo democrático que nos une en la lucha a todos, la tarea de construir la más amplia unidad social y política de los chilenos para derrocar a sus enemigos y - democratizar plenamente al país.

Para asegurar esa continuidad en las nuevas condiciones políticas, nos parece indispensable abordar con urgencia - a partir de lo construido y de la experiencia acumulada - una discusión sobre los métodos de lucha a aplicar en esta fase. Nos interesa que sea un debate concreto pero que se ponga en los marcos de una estrategia general y única. Nada hay mas peligroso que trabajar sin un acuerdo sustancial de la dirección política en cuanto al diseño, objetivos e instrumentos de la lucha contra el régimen. La fase actual requiere una estrategia y dirección superiores.

En nuestra opinión, importa hoy resaltar en la articulación - de dicha estrategia, el desarrollo de la lucha popular y de masas contra las repercusiones a nivel territorial y por frentes de las llamadas "modernizaciones"-

de la dictadura. Sobre este eje fundamental es posible diseñar operaciones políticas a nivel nacional en torno al objetivo de deslegitimar al régimen y su institucionalidad. Las diversas formas de lucha que se planteen corresponden integrarlas en estas campañas como complemento y estímulo a la radicalización de la lucha popular y a la defensa de los espacios conquistados. Sólo en este contexto se logra evaluar de un modo certero cuales métodos son los más eficaces para cada situación específica.

La implementación de una estrategia de derrocamiento está indisolublemente ligada a la presentación de una alternativa política al régimen. Ello es aún más claro en nuestra realidad como producto de la propia experiencia que nos enseña que la capacidad de convocatoria de la izquierda es todavía reducida y que ello tiene que ver con un liderazgo cuestionado por el movimiento de masas. Una propuesta clara y nítida nos permitirá no solo distinguarnos ante el pueblo sino ganar en confianza y credibilidad popular. La presentación de un programa político mínimo que sea capaz de integrar las aspiraciones y reivindicaciones del pueblo y de señalar al menos nuestras orientaciones gruesas de carácter programático, nos parece una cuestión vital para dar el paso que las exigencias del momento presente plantea.

Agudizar la lucha contra Pinochet y, al mismo tiempo, definir en común las grandes cuestiones estratégicas y el programa mínimo, requiere de un grado de unidad bastante mayor que el que tenemos. Parece absurdo que ante la magnitud de los desafíos a los cuales debemos responder, sigamos teniendo graves limitaciones en nuestro trabajo unitario por cuestiones subalternas que están referidas básicamente a una pura lógica interna. Por ello, insistimos una vez más en los problemas de la dirección de la Unidad Popular y en la necesidad de resolverlos. No de cualquier forma, sino en la perspectiva política que proponemos al país. Es una contradicción insoslayable pedir a Chile una línea de unidad amplia y no ser capaces entre nosotros mismos de sentarnos en una mesa común que reúna a todas las fuerzas que están y quieren continuar siendo parte de la alianza popular.

Valoramos profundamente la reactivación de la Unidad Popular en Chile durante el último tiempo y nos parece relevante que ella no se haya solo dado en el planteamiento general sino también con una presencia activa y concreta en las principales batallas populares que se libran. Por eso mismo, nos preocupa que el problema socialista pueda esterilizar esa reactivación del trabajo unitario. Resulta paradójal que en momentos de mayor unidad política en la izquierda respecto de lo que hay que hacer y de mayor actividad conjunta en la Unidad Popular, la alianza política esté a punto de paralizarse en forma definitiva. Y que ello sea así por la imposibilidad de remover las rigideces y sectarismos de una lógica guiada por consideraciones estrictamente partidistas que busca consagrar la exclusión de la otra fuerza socialista.

Para nosotros la normalización del funcionamiento de la Unidad Popular con todas sus fuerzas políticas, constituye la clave para pasar a resolver las cuestiones políticas de fondo aquí planteadas en un ámbito de solidaridad y unidad que hoy es posible incluso, extender - sobre bases de consenso - a otras fuerzas populares y democráticas. Es sin lugar a dudas el mejor camino para terminar con un episodio poco feliz de dispersión política y orgánica que ha caracterizado a la crisis de la izquierda.

Chile requiere de una dirección política unitaria eficaz, de sello democrático y renovada. Nuestro deber ineludible es construirla ahora.

Con saludos fraternos,

Enrique Correa  
ENCARGADO EXTERIOR DEL  
MAPU OBRERO-CAMPESINO

Javier Ossandón  
JEFE POLITICO DEL  
FRENTE EXTERNO DEL  
MAPU.

Juan Enrique Miquel  
MIEMBRO DE LA COMISION  
POLITICA Y POR LA RAMA  
EXTERIOR DE LA IZQUIERDA  
CRISTIANA.

Roma, Diciembre de 1.980.